circulación en días entre semana de 714 mil a 1.1 millón de ejemplares.

El 16 de enero de 1991 se decidió, a sus 65 años de edad, a seguir como presidente y ejecutivo en jefe de la compañía, pero entregó la dirección a su hijo Arthur Ochs Sulzberger Jr., de 40 años, quien como editor del **New York Times** corresponde haber insertado el diario en la era de internet y continuar con éxito la New York Times Company, con su buque insignia **The New York Times** y sus más de un millón de ejemplares diarios y casi dos los domingos en los primeros años del siglo XXI (www.periodismo.uchile.cl/noticias/2003/nytimes.html), además de comprar en junio de 1993, en mil 100 millones de dólares, **The Boston Globe** para sumarlo a otros 32 diarios y 17 revistas. Posee también 8 estaciones de televisión y dos radiofónicas y se hizo en el 2003 de las acciones de **The Washington Post** para seguir editando en solitario **The International Herald Tribune**, ofertando, por otra parte, servicios de noticias, fotografías y contenidos de opinión sindicados.

La compañía informó en enero de 1991 tener ganancias de 1.9 millones de dólares en su más reciente trimestre, comparados con los 9.2 millones de dólares obtenidos en el mismo periodo de un año anterior, a la vez que dio a conocer la modernísima planta impresora en Edison, Nueva Jersey, de 450 millones de dólares, para posibilitar la impresión a color.

Como timbre de orgullo **The New York Times** ostenta 111 Premios Pulitzer de sus periodistas y los del **Boston Globe**, el mayor número en la historia, pero también es digno de tomarse en cuenta su principio de autocrítica que le ha pemitido sortear algunos escándalos dentro de su redacción.

LOS "MUCKRAKERS"

En los asuntos del interior tanto como los internacionales, la toma de posesión de Roosevelt en 1901 coincidió con una nueva época de la vida política norteamericana. El continente estaba poblado, las zonas fronterizas habían desaparecido. Una pequeña república en vías de desarrollo había llegado a ser una potencia mundial. Pero había una gran insatisfacción por la corrupción y por el ejercicio de prácticas heredadas de la época rural (siglo XVIII) que no compaginaban para el estado urbano del siglo XX. Las empresas hacían de las suyas y era frecuente que los gobiernos estatales y municipales se encontrasen en manos de políticos deshonestos. Y un espíritu de materialismo infectaba todos los elementos de la sociedad.

Gozando de una gran libertad de prensa, las revistas y los periódicos levantaron su voz y a pesar de su descarado tinte amarillo, lanzaron una vigorosa protesta contra el sistema de prebendas y contra la injusticia, reclamando una reforma a fondo, lo que provocó que el presidente estadounidense utilizara por primera vez el término "muckrakers" para referirse despectivamnte a los reporteros que se dedicaban a la investigación de hechos denunciables.

Los años comprendidos entre 1902 y 1908 fueron los que vieron la más grande actividad de parte de los reformistas.

Constituidos en "campeones o defensores del pueblo" en los años que siguieron a la guerra entre Estados Unidos y España, Pulitzer y Hearst encabezaron a los numerosos periodistas combativos que atacaron la corrupción gubernamental y de varios empresarios poderosos, pero fue el **World** el que más se opuso a la anexión de Filipinas y al imperialismo de la política norteamericana en el Caribe, provocando sus denuncias el enojo de la clase política que llamaba de muchas

formas a estos medios libertinos.

Por su parte, el presidente Theodore Roosevelt insistía en comparar a todo periodista investigador con un "rastrillador o desenterrador de estiércol o de cieno", asociándolo con el sensacionalismo informativo. Obviamente la expresión nació al comparar a estos informadores con el recogedor de basura, el Muckraker del libro **Pilgrim's Progress**, que nunca levantaba la vista hacia las estrellas, sino que la mantenía fija en la inmundicia[69].

No obstante, los reformadores de la prensa que siguieron hurgando en la corrupción y no vieron la corona celestial, llegaron a aceptar este epíteto como una distinción y su acepción formal fue la de "periodistas comprometidos no sólo a descubrir el mundo, sino a cambiarlo para mejorar, como buenos defensores de la ley e influyentes voceros de la sociedad civil".

Otros detractores de la prensa los llamaron "enlodadores", porque a todos los identificaba su compulsión por desenterrar lo sórdido y manchar con sus reportajes a personas e instituciones de prestigio, a veces sin fundamento. Pero en los casos en que la prensa jugó el papel de "perro guardián" de las autoridades y funcionarios públicos tuvo una gran aceptación entre los lectores críticos, porque cuando las denuncias estaban comprobadas y las investigaciones reporteriles se apegaban a la ética, no había quien no aplaudiera la labor informativa.

La aparición de punzantes artículos relacionados con los monopolios, las altas finanzas, los alimentos adulterados y las prácticas abusivas de los ferrocarriles hicieron famosos a medios como **Everybody's**, fundada en 1899, y principalmente a **McClure**, que a fines de 1902 y hasta 1904 lanzó "La historia de la Standard Oil Company", de Ida Tarbell, y "La Vergüenza de las Ciudades" (The Shame of the Cities), de Lincoln Steffens, otrora reportero del **Evening Post**, que puso al descubierto la corrupción de la política.

McClure sobrepasó entonces la circulación del medio millón de ejemplares y así tomó amplio impulso la tendencia de los medios de rastrillar cieno, como lo hizo también **Collier's**, que llevó a cabo una exposición de las medicinas

[69] Emery, Edwin, op. cit., p. 471

patentadas, "El gran fraude norteamericano", escrita por Samuel Hopkins Adams, y **Everybody's**, que difundió en 1904 "Finanzas Locas", del pintoresco Thomas W. Lawson, haciendo subir sus ventas de 200 mil a 735 mil ejemplares.

También **Cosmopolitan** se unió a este afán rastrillador y publicó en 1906 la serie "La traición del Senado", de David Graham Phillips, cuando esta revista pasó de manos de John Brisben Walker a las de Hearst.

Por su parte, Upton Sinclair, valiéndose de la ficción como medio de expresión, publicó **La Jungla**, en la que sacaba a luz las condiciones malsanas que privaban en las grandes empacadoras de carne de Chicago y la empresa que mantenía el monopolio de la carne sobre el suministro de la nación.

Theodore Dreiser, en **The Financier** y **The Titan**, hizo que los legos pudieran comprender con claridad las maquinaciones de las grandes empresas, y Frank Norris, con **The Pit**, ayudó a poner en claro gran parte de la protesta de los agricultores.

Los fotógrafos también podujeron trabajos conmovedores, como el de Lewis W. Hine, un sociólogo que entre 1908 y 1914 captara niños, tanto durante su trabajo como en las insalubres viviendas de los slums, para sacudir conciencias.

Ésa fue la "literatura del desenmascaramiento" que desempeñó un papel vital para inducir al pueblo a entrar en acción, porque los periódicos tampoco dejaban de atizar reportajes que descubrían cosas horrendas, logrando sensibilizar a los políticos a adoptar prácticas y leyes en busca de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la gente. Por ejemplo se reforzó el plan legal contra la explotación laboral de los menores y el límite de edad, además de acortar los horarios de la jornada de trabajo, y la restricción del trabajo nocturno. También se consiguió la asistencia obligatoria a la escuela y las mujeres fueron consideradas para mejores prestaciones.

Roosevelt fue reelecto en 1904 y se entregó con renovado vigor a la causa de las reformas, de suerte que lanzó una reglamentación drástica para los ferrocarriles y el Congreso promulgó las leyes de pureza de las medicinas y los

alimentos en 1906.

A fines de 1908, el **World**, a trevés de su prestigiado editorialista Frank Cobb, incurrió en la ira de Tehodore Roosevelt al atacar los manejos del gobierno en la administración del Canal de Panamá y, en particular, la honradez del presidente estadounidense.

Roosevelt, en mensaje especial dirigido al Congreso, denunció a Pulitzer y al **World** por calumnias delictivas contra el presidente, contra el secretario de Guerra, Elihu Root; y contra el financiero J. P. Morgan, entre otros. El proceso, rechazado por un tribunal inferior, terminó en el Tribunal Supremo que, unánimemente, falló a favor de Pulitzer y su periódico, en una decisión histórica que confirmó la libertad de prensa en ese país[70].

[70] Emery, Edwin, op. cit. pp. 454 y 455

PULITZER Y SU HERENCIA

A la muerte de Pulitzer el 29 de octubre de 1911, a bordo del barco *Liberty*, en Charleston Harbor, Carolina del Sur, su esposa Kate se hizo cargo de la obra periodística hasta 1927 en que dejó de existir, a los 74 años de edad. Pero en 1931, al fallecer también su director Cobb, el **World** pasó a mejor vida al perder el genio y el espíritu emprendedor de que había hecho gala en tiempos de Pulitzer.

La Depresión de 1929 en Estados Unidos hizo estragos en su estructura, y le afectó enormemente la cambiante escena periodística del país, de modo que en 1931 terminó siendo parte de la cadena Scrpiss-Howard, que lo compró en 5 millones de dólares y prácticamente lo sepultó al no hallarle interés en su recuperación.

Pulitzer había dejado a su hijo Herbert una participación mayoritaria, casi excluyendo a Ralph, un hombre de considerable talento que continuó como presidente, pero con autoridad dividida, hasta que se vendió el periódico.

Joseph hijo, que como editor del **Post-Dispatch** había recibido la parte más pequeña de la herencia editorial, prosiguió con los elevados niveles periodísticos de su padre e hizo de este periódico uno de los más influyentes y rentables de la nación, nivel que mantuvo hasta el tercer Joseph Pulitzer, que recibió su propiedad a la muerte de su padre en 1955.

La devoción de Pulitzer por la profesión periodístca le llevó a fundar la Escuela de Periodismo de Columbia, para la que realizó en 1904 su primera contribución a dicha universidad, misma que, a la muerte de Joseph, echó a andar el proyecto en septiembre de 1912, al quedar en el testamento del periodista como beneficiaria con un millón de dólares.

El ilustre hacedor del **World** había predicho con asombrosa visión: "Antes de que termine el presente siglo, las Escuelas de Periodismo serán una de las

instituciones de enseñanza superior, como las facultades de Derecho o Medicina". Estaba convencido de que el Periodismo debía ser "una de las grandes profesiones intelectuales", según le dijo a Nicholas Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia.

"Los que lo practiquen" –enfatizó Pulitzer- "deberán tener conocimiento de política, literatura, gobierno, principios y tradiciones constitucionales, historia, economía política, y también en materia de historia y poder de la opinión pública, y de servicios públicos".

De hecho esta escuela de periodismo fundada en 1912 es la más prestigiosa hasta nuestros días pero no la iniciadora, pues de acuerdo con Juan Luis Cebrián[71] "la primera escuela de periodismo con rango universitario surgió en Missouri, aunque ya existían departamentos a título experimental en otras universidades norteamericanas. Cuarenta años más tarde eran ya más de 60 en aquel país".

George Weill[72] también consigna este dato histórico y agrega que el fundador y decano de esta escuela de Missouri fue el profesor Walter Williams, que la hizo prosperar durante tantos años.

Sin embargo, al final de sus días, el dueño del **World** no sólo se preocupó por los estudios de periodismo, sino por la calidad profesional de quienes ejercieran la profesión, por lo cual Pulitzer también dejó un legado de 250 mil dólares para los premios que la Universidad de Columbia entrega cada año a los mejores trabajos periodísticos.

El edificio Pulitzer, la gloria esfumada de su periódico, finalmente degeneró en un edificio de oficinas en mal estado, que debió ser derrumbado para abrir un nuevo acceso al Puente de Brooklin. Pero la Plaza de la Quinta Avenida y de la calle 59, para la que dejó 50 mil dólares, siguió embelleciéndose como una de las plazas más encantadoras de la ciudad, de cuya conciencia social su periodismo fue la voz[73].

[71] La prensa y la calle. Editorial Nuestra Cultura, Madrid, 1980, p. 40
[72] Obra citada, p. 61
[73] MD en español, agosto 1979

ERNEST M. HEMINGWAY Y EL MANUAL DE ESTILO

En un estudio sobre la prensa norteamericana, no puede –no debe- ignorarse el paso por el periodismo de Ernest Miller Hemingway (1899-1961), no sólo por haber obtenido el Premio Nóbel de Literatura en 1954, sino por la humildad con que recordó siempre una de las herramientas que por esas fechas pusieron de moda los medios impresos, antes de que surgiera la competencia con la radio: el manual de estilo.

Nacido el 21 de julio de 1899, en la ciudad de Oak Park, Illinois, fue hijo del Dr. Clarence Edmonds Hemingway, quien quería que fuera médico como él, y de Grace Hall –"vieja arpía", le llamaba el futuro escritor- otrora excelente cantante que quería hacer músico al pequeño Ernest Miller, por lo cual le recetaba largas horas de aburrimiento con el violonchelo; aburrimiento que el niño aprovechaba para ejercitar su imaginación y desarrollar su vocación literaria, además de aprisionar emociones impactantes que le dejó la proyección de la película "El nacimiento de una nación", la cual vio con su abuelo paterno más de 30 veces.

Desde sus primeros años de formación académica mostró gran interés por las letras, a pesar de la obstinación de su madre por el arte musical, y no dejaba de leer a Sir Walter Scott, a Daniel Defoe y a Mark Twain, de modo que pronto comenzó a hacer gala de un gran sentido del humor en sus colaboraciones en el periódico escolar "El Trapecio", donde conoció a Ring Ladner, reportero del **Chicago Tribune**, cuyo estilo vivaz y ágil lo dejó impresionado.

Combinando su afición a las letras con su inclinación por la violencia, la caza

de animales y el hambre de aventuras o la pesca en el mar, Hemingway formó parte de las actividades culturales en el instituto de Oak Park y publicó sus tres primeras historias en la revista escolar "Tabula", inspiradas en Rudyard Kipling, de gran influencia para él durante toda su vida. Pero el preparatoriano, al graduarse en 1917, se negó a seguir la carrera de su padre y le comunicó que dejaría los estudios.

Escritor consagrado, autor de novelas de fuerte realismo en estilo conciso y directo y de una descripción casi fotográfica de sus personajes, jamás desconoció sus inicios como reportero en el **Kansas City Star**, en Missouri, donde un tío suyo lo llevó a trabajar ahí entre octubre de 1917 y abril de 1918, justamente cuando Estados Unidos entró en abril de 1917 a la Primera Guerra Mundial y el oficio de periodista comenzaba su proceso de dignificación del que habló al final de sus días Joseph Pulitzer. Le pagaban 15 dólares semanales como reportero.

Todavía en 1940 cuando le preguntaban a Hemingway qué reglas le habían ayudado más a escribir bien, contestaba:

-El primer párrafo de la guía de estilo del **Star**. Esas fueron las mejores reglas que jamás aprendí para el oficio de escribir. Nunca las olvidé. Ningún hombre que tenga algo de talento, y que sienta y escriba sinceramente lo que está tratando de decir, puede dejar de escribir bien si se atiene a ellas.

El primer párrafo del manual de estilo del **Star** dice hoy, como decía en 1917: "Use creaciones breves. Utilice primeros párrafos cortos. Emplee un lenguaje vigoroso. Sea positivo, no negativo". (Use short sentences. Use short first paragraphs. Use vigorous English. Be positive, not negative).

El entorno de la ciudad de Kansas era peligroso y violento; era una ciudad en crecimiento, sus habitantes hacían poco caso de la ley. Todo esto le brindaba material de sobra para sus artículos, y en ellos trataba de plasmar la realidad diaria de la inquieta ciudad, exagerando y dramatizando sus historias.

Motivado por su sed de aventuras buscó enrolarse en las fuerzas armadas de su país, pero fue rechazado por serios problemas de visión en su ojo izquierdo, por lo cual acudió a la Cruz Roja a inscribirse como voluntario, con el fin de ir al

campo de batalla, renunciando a su puesto en el **Star** en el mes de abril de 1918, para zarpar con destino al viejo continente, donde Alemania había comenzado su ofensiva en el Somme. Y cuando Hemingway llegó en junio a París se hallaba devastada por los bombardeos germanos, igual que Milán, Italia, a donde fue enviado a recoger cuerpos mutilados, siendo él mismo herido durante su estancia en un pueblito italiano.

Al término de la guerra en noviembre de 1918, Hemingway regresó a su hogar en enero del año siguiente y tras ser derrumbado por una fuerte depresión por el rechazo de amor de una enfermera italiana que le escribió para acabar con sus sueños, el escritor se reveló tal cual al empezar a escribir **Las nieves de Kilimanjaro** pero principalmente **Adiós a las armas**, que en 1929 lo dio a conocer como gran novelista, no sin antes tener que trabajar en **The Star Weekly** y en una publicación mensual de nombre "The Corporative Commonwealth", por 40 dólares a la semana, pues había contraído matrimonio en octubre de 1919 con Hadley Richardson.

Corresponsal del **Toronto Daily Star**, fue enviado a París, a donde llegó con su esposa en diciembre de 1921, conviviendo con un grupo de intelectuales y pintores, como James Joyce, Ezra Pound y Joan Miró. Cubrió eventos importantes y realizó entrevistas con personajes prominentes de la política y la economía, entre ellos Benito Mussolini en Milán, además de que se contrató también con la agencia de noticias "International News Service" para enviar material de la guerra entre Grecia y Turquía, hasta que regresó a Toronto, al **Daily Star**, en espera de la llegada de su primer hijo, Bumby, nacido el 10 de octubre de 1923.

En estas fechas sacó de sus archivos **Tres cuentos y diez poemas**, que escandalizó a su familia, pero sirvió para que se reconociera su enorme potencial literario.

En enero de 1924 el futuro escritor que deseaba ya abandonar el periodismo, debió regresar a París y ahí escribió ese año la primera versión de la soberbia colección de cuentos **En nuestro tiempo** y su primera novela **El sol también se levanta**, en 1926. En 1927 escribió otra colección de cuentos

llamada **Hombres sin mujeres**, pero ese mismo año el desamor llamó a la puerta de su hogar y en marzo se divorció de Hadley, para casarse con Pauline Pfeiffer, con quien procreó a Patrick en junio de 1928.

Instalado por más de nueve años en Cayo Hueso, Florida, el escritor se dedicó entonces a la pesca y a terminar una de sus obras maestras, **Adiós a las armas**, viviendo ya como autor consagrado una holgada posición económica, que le sirvió para apoyar a su madre al suicidarse el Dr. Ed Hemingway en 1928, y tras este trágico suceso pudo por fin publicar su novela en 1929, que fue llevada al cine con Gary Cooper.

Pauline le dio un segundo hijo en 1931, de nombre Gregory, y un año después robusteció su fama con **Muerte en el atardecer**, sobre las corridas de toros, consolidándose como amo de la ficción en 1933 con **El ganador se lleva nada**, una colección de 14 historias cortas, que incluía ***Un lugar limpio bien iluminado***, elogiado por James Joyce.

Un safari por el continente negro, en el verano del 33, le dio material para lanzar en el 35 **Las verdes colinas de África**, y más adelante una serie de historias entre las que se hallaba **Las nieves del Kilimanjaro**, que la revista **Squire** acogió por vez primera y que Hollywood llevó a la pantalla grande con Gregory Peck y Susan Heyworth.

Iniciada la Guerra Civil Española el 18 de julio de 1936, Hemingway fue invitado a realizar crónicas, pero ante la negativa de su esposa Pauline, se alejó de ella y se fue con Martha Gelthorn, una escritora de 26 años con una novela y un libro de relatos a cuestas, quien se enlistó como corresponsal de la revista **Collier's** en el país ibérico, donde el escritor concibió **Por quién doban las campanas** y **La quinta columna**. Finalmente ambos decidieron vivir en "La Vigía", a las afueras de La Habana, una vez que el 15 de octubre de 1937 se publicó con gran éxito **Tener y no tener**, que también fue filmada por Hollywood, al igual que Gary Cooper e Ingrid Bergman protagonizaron **Por quién doblan las campanas**, novela aparecida en 1940 con ventas de medio millón de copias.

Corresponsal del **PM Magazine** en la guerra China-Japón a fines de 1940,

junto con su tercera esposa Martha Gelhorn, a su regreso de Asia retornaron a La Habana, Cuba, donde volvió a sentir la adrenalina por las batallas en la Segunda Guerra Mundial después del ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941, y fue de nuevo corresponsal en los servicios de tierra, aire y mar, pero ahora quitándole el trabajo a su mujer en **Collier's**, como agregado al tercer ejército.

Ebrio consuetudinario, se enamoró en Londres nuevamente de otra corresponsal de 36 años, ahora de la revista **TIME**, y se la jugó con ella en el frente de batalla, presumiendo de ser el primero en entrar a liberar a París en agosto de 1944. Finalmente se casó en marzo de 1946 en La Habana con Mary Welsh, viajando ambos en 1948 por Italia para escribir **Cruzando el río y bajo los árboles**, novela muy criticada que se desarrolla en Venecia, inspirándose en otra hermosa mujer de 18 años, y a su regreso a Cuba –su segunda patria- dio vida a **El Viejo y el mar** en 1952, que le hizo reponer su fama de narrador y le dio el Premio Pultizer de ficción en 1953 y luego el Nobel de Literatura en 1954, aunque éste no lo pudo ir a recibir a Suecia por su estado de salud.

Todavía tuvo fuerzas en 1959 para aceptar de la revista **Life** el encargo de varias historias cortas acerca de las corridas de toros que aparecieron en 1960 con el título de **Un verano peligroso** , y que fue el último trabajo que Hemingway vio publicado, pues sus memorias, que escribió cuando dejó Cuba en 1960 con el nombre de **París es una fiesta**, se editaron después de que –vigilado por el FBI de Edgar J. Hoover-, padeció una tremenda paranoia que degeneró en demencia y culminó con su suicidio el 2 de julio de 1961, dándose un balazo en la cabeza.

Su esposa Mary aprovechó una serie de documentos del escritor para producir **Islas en la corriente** y **El jardín del edén**, que son novelas postmortem de poco reconocimiento, en comparación con **El viejo y el mar** o **Por quién doblan las campanas**.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA